

Camila Sosa Villada

LA NOVIA
DE SANDRO



Para atravesar los misterios del amor travesti, Camila va armada de su voz de arroyo y los amuletos que supo construir en la intensidad de la noche. Algunas veces ama y otras odia, desea y es deseada, mezcla la pena y la dicha en cada uno de los cuerpos sobre los que se derrama. Una vez fecundada, engendra versos carnívoros y plantas dóciles que pueblan los balcones que sus tacos habitan. Enorme forjadora de magia, sólo podemos estirar el cuello desde abajo para verla sangrar, arder y reírse del mundo. Quizás la memoria por los amantes idos sea la que menos duela de todas las que nos ofrenda su escritura, está también la madre alquilada a otra familia, la fatiga del padre en su lucha contra la pobreza, la amada del amante, los amigos muertos. Por momentos quisiéramos blindarla de algunos recuerdos, pero sería como encapsular a una luciérnaga, un parpadeo de la luz más delicada antes de la absoluta oscuridad. Un ser frágil atrapando las palabras que le llegan por el aire libre de la experiencia.

El corazón lector que se anime a transitar la belleza salvaje de *La novia de Sandro* no podrá salir ileso.

A La Grace, mi mamá, que me enseñó a leer en un
pueblito perdido para la literatura.

A Don Sosa, mi papá, que me enseñó a escribir
cuando volvía del trabajo.

Soy una negra de mierda, una ordinaria, una orillera, una cuchillera, el mundo me queda grande, el tiempo me queda grande, las sedas me quedan grandes, el respeto me queda enorme, soy negra como el carbón, como el barro, como el pantano, soy negra de alma, de corazón, de pensamiento, de nacimiento y destino. Soy una atoranta, una desclasada, una sin tierra, una sombra de lo que pude ser. Soy miserable, marginal, desubicada, nunca sé cómo sonreír, cómo pararme, cómo aparentar, soy un hueco sin fondo donde desaparece la esperanza y la poesía, soy un paso al borde del precipicio y el espíritu me pende de un hilo. Cuando llego a un lugar todos se retiran, y como buena negra que soy, me arrimo al fuego y relumbro, con un fulgor inusitado, como una trampa, como si el mismo mal se depositara en mis destellos.

Nunca supe bien si odiar o amar a los hombres. Durante muchos años fueron los que más pena causaron, pero también (y cuando lo escribo se me hace agua la boca) los que más dicha prodigaron a estos músculos estrogenados. Los amaba por sus pantorrillas, la pieza más sexy de sus cuerpos. Por la pelambre que recubría su piel, por sus manos que estrujaban mis tetas mezzo-sopranas que entonaban baladas a lo Ginamaría Hidalgo; por su fuerza y el modo de poseer todo mi pensamiento con una caricia distraída.

Los odiaba por el alcance de su imaginación, pobre y opaca. Por sus méndigos espíritus, sus mentes literales. Siempre fueron de mezquina entrega y fácil huida. Tiraban a la basura mi soledad barata y marginal, mi entrega de animal sin dueño y se iban con un gesto de abandono que me recordaba a mí misma, dejándome morir de esa tristeza noventosa con que enfrentaba la vida. Me hacían sentir la más fea de toda la comarca pero eso no es algo que pueda achacárseles solo a ellos.

Y yo, siempre deshojando flores envenenadas, me desea no me desea, con la dignidad por el piso amando sus piernas de cazadores y sus miradas sombrías, su despreocupada belleza de animal de monte. Y mi vientre cantaba de júbilo si me dedicaban una ojeada y la saliva se me endulzaba tan solo por tenerlos cerca.

Finalmente, me distraje y preferí la compañía de mis amigas, de las maricas que embellecen mi vida. A esta edad, ni el amor ni el odio les reservo a esos protoma-

chos. Ni deseo ni pasiones para los centauros de frágil testosterona. Siempre malhumorados, apóstatas de la comunicación, con esos regalos resquebrajados que traen como ofrendas a nuestros pies, igual que un gato obsequia una rata muerta a su dueña.

No es que esta distancia sea irreconciliable, pero conozco a los hombres. Yo misma solía ser uno.

Este es el elogio a mi fealdad
a su mano callosa y su oscura axila.
Este es el elogio a mi cuerpo que deambula
para huir de la memoria.
Este es un canto a mi nariz rota, a mis manos
de enano, a la sombra nigromante de mi barba.
Este es un sacrificio a mis tetas adolescentes,
a mis pómulos de india mansa,
a mis labios secos.
A los colmillos gastados en la rabia, a mis uñas rotas,
a mi sexo siempre a oscuras.
Estas son las últimas palabras de una
amante desahuciada,
una conversación con algún dios
al que le sobra el tiempo.

(Helsinki)

Hay que agradecer al hombre que tuvo la idea
de poner un banco frente al mar.
Y al obrero que lo ancló al cemento de la vereda
y tal vez suspiró al terminar su trabajo
y miró el paisaje que ahora contemplo:
el mar Báltico y los barcos que lo cruzan.
Y el templo que hicieron esas manos
a las cuales rendirles honor.
Las manos que tomaron las herramientas,
cavaron en la tierra, sembraron los árboles,
y recogen las hojas cuando comienza el frío,
sin quemarlas jamás, las dejan volver a la tierra.

Me reservé del mundo este departamento
que mira al este,
en el último piso de un edificio del centro.
La brisa corre constantemente y no permite
que los malos espíritus se queden mucho tiempo.
Me procuré esta casa, con cortinas y vestidos
estampados,
medias de encaje negro y zapatos altos.
Aquí, y en ninguna otra parte, estoy a salvo.
Este es mi cubil, decorado y atendido por su propia
dueña,
con las fotografías, los libros, los olores de travesti
que intenta serenarse de sus pasadas guerras.
Alguna vez pareció imposible que una pueda hacer la
felicidad
como se hace una obra de arte.

La mujer despierta, se levanta y prepara el desayuno.

Calienta el pan de ayer en el tostador y hace el matecocado. Luego entibia los guardapolvos y la ropa de los niños cerca de la estufita a cuarzo. Despierta a sus hijos y los viste, con esa ropa tibia. Desayunan, pelean, lo ensucian todo, no tienen nada listo y es hora de ir al colegio. Antes de salir, frente al espejo que tiene colgado a un costado de la puerta se pinta la boca con un lápiz de labios barato que en ella luce como lo mejor de la cosmética moderna. Otros niños llegan en transporte a la escuela, pero ellos van de la mano de su madre. Antes de despedirse, saca de su bolsillo el dinero para que compren algo en la cantina. Para no llorar, se prende un cigarrillo y llena de tinieblas sus pulmones.

Va a trabajar.

Limpia los restos magníficos de otras familias, tiende la cama donde otro matrimonio hizo el amor, refriega inodoros donde los patrones dejan su mierda, plancha los caros vestidos ajenos con la misma delicadeza y cuidado con que plancha su ropa.

Cuando termina va a hacer sus horas extras atendiendo mesas en un bar.

Un señor muy viejo la observa desde una mesa junto al ventanal y asiente ligeramente con la cabeza, como si comprendiera su belleza. Bajo los velos del cansancio y la sombra del descontento de esos ojos, él ve que es una mujer hermosa. Es Mamma Roma, es todas las madres

que prenden velas a los santos por la felicidad de sus hijos. Todas las que no han tenido la oportunidad de pensar que hay una vida para ellas solas.

Antes de anochecer busca a sus hijos en la casa de una vecina que los cuida.

Cenan y miran juntos una novela subida de tono. Cuando los niños se duermen, se quita el maquillaje pastoso que compra la pobreza, abre una latita de cerveza frente al televisor y piensa: «El próximo éxito de mi vida será ir a vivir con mis hijos frente al mar».

La noche en que nos conocimos
las palabras andaban por el aire
un tropel de caballos que corrían
al desierto para morir de sed.
Suicidas de seda, kamikazes de organza.
Nos mirábamos las bocas
y buscábamos entre todos los ademanes
la oportunidad para rozarnos.
Nos olvidamos de que las palabras estaban cerca.
Las dejamos flotar como niños malcriados
sobre nuestra íntima ceremonia.
Estábamos juntos y nos decíamos linduras al oído
antes de partir en direcciones contrarias.
La despedida fue breve,
dejamos que nuestro piadoso vocabulario
tuviera su minuto de descanso.
Al llegar a casa, un dolor en la nuca
me recordó que tenía un cuerpo y,
en orden de mérito,
vos te lo merecías por completo.

Hoy es feriado y limpié mi casa.
Afuera una filigrana de agua se tejía con delicadeza
mientras corría los muebles y limpiaba los rincones.
Perfumé con palo santo los cuartos,
sacudí almohadones y alfombras,
limpié espejo, baño, mesa,
espanté el polvo de los libros en las bibliotecas,
escuché los discos que me regalaste
y sentí que estaba ventilando mi corazón.
Ahora la casa está limpia y huele a olla de barro.
La noche cazadora hizo su ronda y te pienso.
No sé por cuánto tiempo no voy a verte,
tomo conciencia de todos los sitios que llena tu ternura.
Algo adentro se agita como una manada con hambre:
la rutina interrumpida por la ausencia de tus besos.

Anduve como loca buscando tu olor por la casa.
Bajo la mesa, en los cajones, entre las cortinas,
tras la puerta, en el perchero donde cuelgan
inútiles los abrigos.
En la cartera donde había guardado tu suéter,
hundí mi rostro en el cuenco de las manos
como cuando siento vergüenza.
Toda mi casa huele al perfume exquisito y humilde
que pudiste comprar
con tu sueldo de profesor en un país como este.
Por las dudas, cerré todas las ventanas y respiro despacio.
Afuera los pájaros piensan que morí de amor.

A veces, sentada frente a la computadora,
escucho al pasado tocar la puerta.
Quién es, pregunto, y él adopta voces que me causan
pánico,
hace bromas macabras que me ponen paranoica,
cuchichea, es portador de chismes y rencores,
y cuando se cansa de aterrar,
se echa a dormir como dueño y señor.
El pasado negocia con la dicha y la amargura,
es un dealer silencioso, sin vicios y con conducta.
Me conoce y me quiere mejor que nadie.
A veces regresa tiernamente, no todos son malos
recuerdos.
Miro por la ventana y agradezco el don de la memoria.
Soy madre del niño que fui.

A veces, simplemente estoy en mi pequeño mundo.
Tiene trincheras de amuletos y conjuros,
aquí los fantasmas son bienvenidos,
negociamos la convivencia y cuán horribles podemos ser,
pero no admito que, a las penas recientes y mal curadas,
nadie, ni siquiera el pasado, las engorde como a
chanchos.